

el perro, el ratón y el gato...



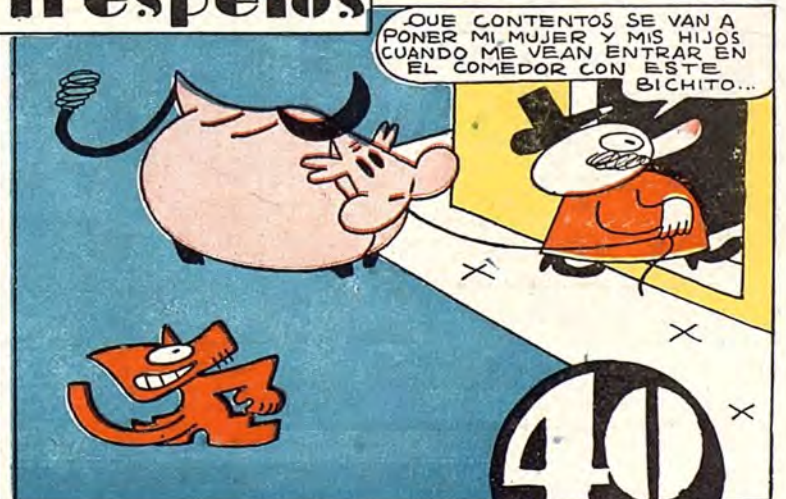
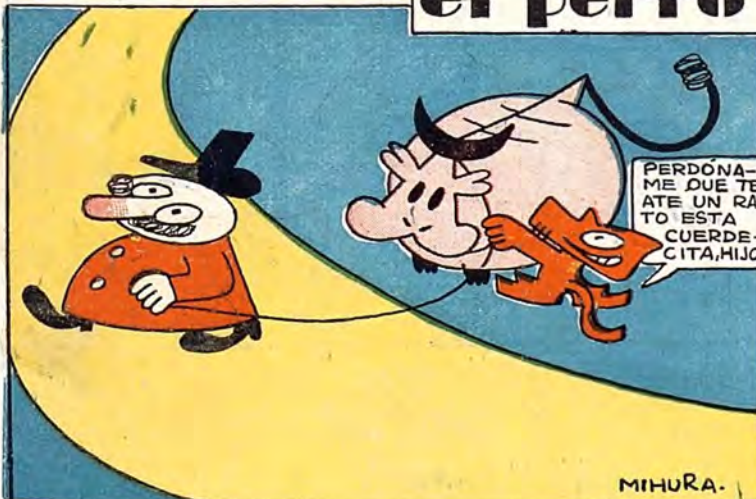
semanario
de las niñas,

20

los chicos los bi-
chos, las muñecas



el perro frespelos

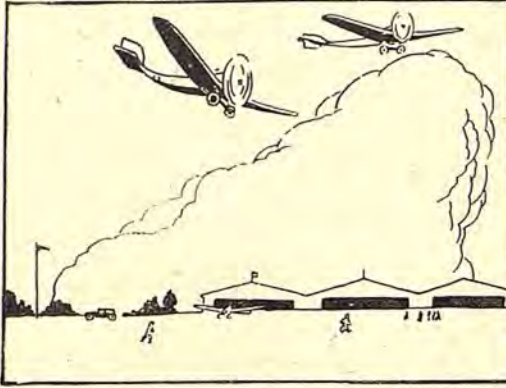


40
cts



LOS VUELOS DEL PRINCIPE PP

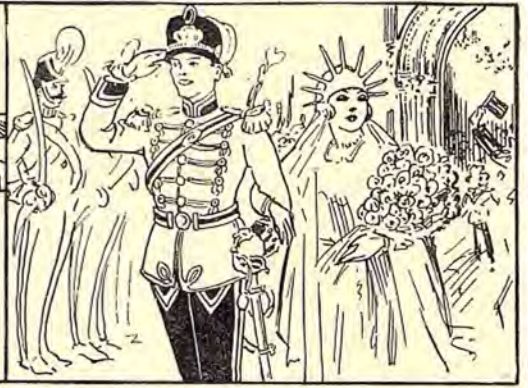
I.—LA BODA, LOS DIOS Y LOS REGALOS



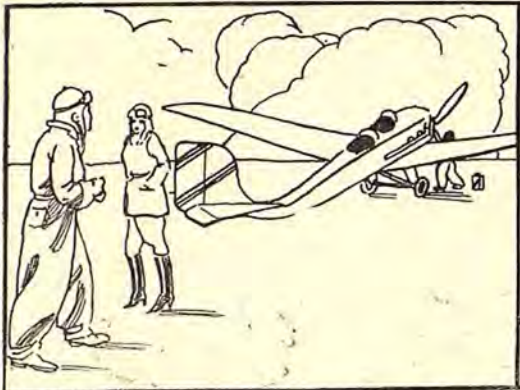
1.—En el aeródromo de Santa Alamilla, donde la aristocracia de Solidia aprendió aviación, solían verse dos aeroplanos juntos, como si sus pilotos simpatizaran.



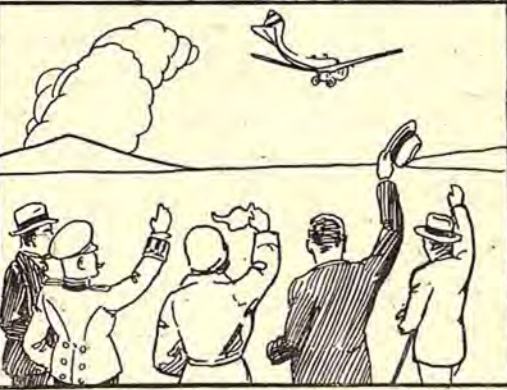
2.—Ya lo creo que simpatizaban. Resultaron ser Angel el principe Pp y Gloria Alas, cuyos corazones no pudieron ocultar que sentían el uno por el otro un amor verdadero y hondo.



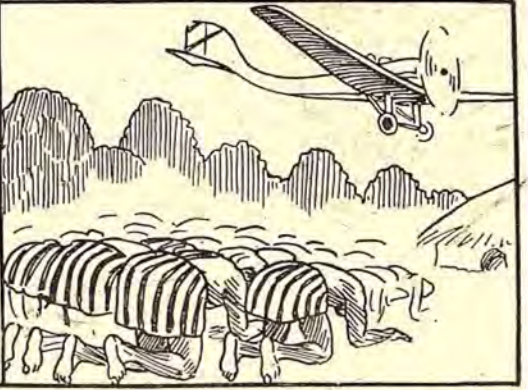
3.—A los pocos meses, Gloria y el principe contrajeron matrimonio en una ceremonia en la que la joven hizo resaltar su belleza y el principe su fastuosidad.



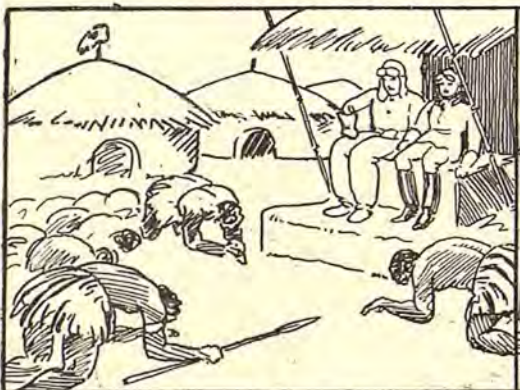
4.—Al día siguiente de la ceremonia, los dos pilotos aviadores prepararon su aeroplano "Mosquito" y se dispusieron a emprender un largo viaje sin rumbo ni plazo. Eran dos valientes.



5.—Dejaron la tierra y dieron una suave vuelta sobre el aeródromo para despedirse de cuantos parientes y amigos fueron al campo. Luego se lanzaron al espacio leguas y leguas y más leguas.



6.—Advirtiendo que ya les faltaría gasolina pronto, decidieron aterrizar en unos campos desconocidos que se dominaban desde el aparato. Y fue lo curioso que aquellos habitantes extraños les tomaron, sin duda, por dioses.



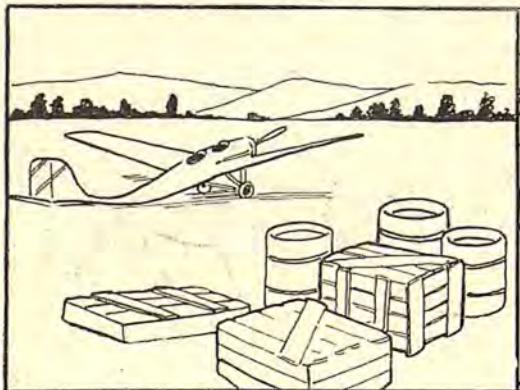
7.—Después de adorar al avión, y antes de conducirles a lecho de pluma, se les puso en un altar y se les adoró en una solemne fiesta religiosa a la manera de aquellos extraños habitantes.



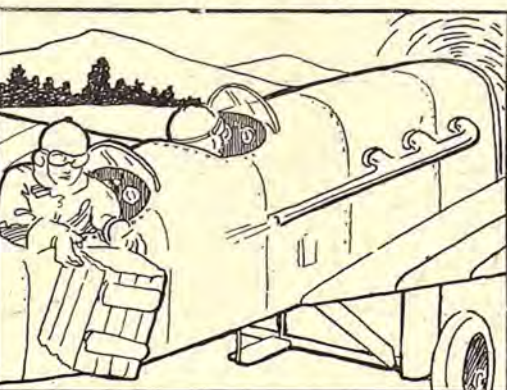
8.—Por la mañana, después de un buen sueño y desayunar higos y miel, pidieron gasolina para alimentar el motor. Los hombres entendieron sólo lo del alimento, y trajeron vacas para ordeñarlas y que se lo tomara el "Mosquito".



9.—El principe lo agradeció mucho; pero dijo que no se trataba de eso, y les hizo que olieran el depósito. Entonces le llevaron a una cueva donde el rey tenía cien toneles de gasolina para su real mechero.



10.—Eran gentes atentas, y para despedir a los jóvenes les hicieron enormes regalos: cajas de miel, figuras de bronce, asnos, sandías a docenas y cosas de gran peso y volumen.



11.—Gloria puso en marcha el motor, se prepararon, y en el momento de ir a arrancar tiraron todo aquello que no les dejaría elevarse. Era un desprecio que les dolió mucho tener que hacer.



12.—Claro que entonces aquellas gentes sintieron dolido su amor propio, y les arrojaron piedras, sandías, flechas y patatas, consiguiendo uno de ellos, gran tirador, herir levemente el motor con una llave.

La próxima aventura se titula: "LUCHA DEL TORO Y DEL AVION".

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



P E R S O N A J E S

EL VIZCONDE DEL TRAMPOLÍN.
EL CAPITÁN CHONCHILLA (hijo del vizconde).
TORIBIO (asistente de Chonchilla).
CHATO (criado del vizconde).
EL REY DE LA TRIPONCIA.

PEPE BOTIJO (amigo de Chonchilla).
BLAS ESCOBITAS (idem).
KINI (negro).
PUFFI (idem).
UN PAJE (que no habla nada).

País: La Triponcia.

Epoca: No sabemos nada.

(Publicaremos dibujos para que los niños copien las decoraciones y vestidos. Se deja una margen blanca para coser luego las páginas en que se publiquen las comedias.)

ACTO PRIMERO

(Comedor en la casa de la familia del vizconde. Representa un comedor lujoso. A lo largo de la pared que está frente al público puede ponerse una franja ancha de papel blanco, y pegar encima figuras recortadas en papeles de colores como tuestos, peces, regaderas, gatos, botijos y otras mil cosas de colorines verdes, azules, negros, amarillos y encarnados. El caso es que quede muy chillón, muy chillón.

La mesa del comedor hace falta que sea larga, como para cuatro personas a un lado. Así es que se puede hacer con una tabla de la plancha, sobre dos cajones

o sillas pequeñas, tapándolo todo con un tapete u otra tela de colores.

Encima, un cacharro con flores y un periódico del día, y alrededor, banquetas y sillitas pequeñas. También debe ponerse a un lado otra mesita chica, con pilas de platos y algún frutero.

Para este caso conviene que los niños actores guarden los pedazos de los platos y tazas que se rompan en la cocina y en el comedor.

Al levantarse el telón o correrse la cortina no hay nadie en escena. Pero inmediatamente aparece Toribio, con gorro de cuartel en la cabeza, que no se quitará en todo el tiempo para que se vea que es el asistente.)

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

ESCENA PRIMERA

TORIBIO Y CHATO

Toribio.—(Con un papel azul en la mano.) ¡Ay, Dios mío, qué miedo me da este papelito!... ¡Es que me dan unas ganas de abrirlo!... Me parece que vamos a tener que ir a la batalla... ¡Si yo me atreviese a despegarlo!...

Chato.—(Vestido de criado con un delantal blanco y en mangas de camisa.) ¿Qué haces, Toribio?

Tor.—(Que se había escondido el papel.) ¡Ay, Chato, qué susto me has dado! Es que estoy muy nervioso...

Chat.—¿Pues qué te pasa?

Tor.—¿Tú sabes de qué color es este papel?

Chat.—Claro que lo sé: azul; de un azul bien bonito.

Tor.—Azul, ¿eh?... ¡Pues es la negra! Porque me parece que tengo guerra...

Chat.—¿Es que se marcha el señorito Chonchilla?

Tor.—Eso creo. Y como soy su asistente... iremos los dos.

Chat.—¿Cómo lo sabes?

Tor.—Tú ya sabrás que pidió al rey ir a luchar con los negros del País de la Caña, ¿verdad?

Chat.—Sí; como que es un valiente...

Tor.—Bueno pues yo creo que en este papelito, ¡ay de mí!, se lo conceden... ¡Y yo tendré que ir con él, como un perro atado!...

Chat.—Como que tú eres otro valiente, sino que del revés.

Tor.—A mí no me insultes, ¿lo oyes?

Chat.—Yo hago lo que quiero.

Tor.—Pero no me insultes, porque te hago correr...

Chat.—¿Tú a mí?

Tor.—Que te hago correr detrás, digo.

ESCENA II

DICHOS Y CHONCHILLA

Chonchilla.—(Apareciendo con su gorra militar, su sable, sus correas cruzadas al pecho y su bigotito pintado.) ¿Qué voces son esas?

(Los dos servidores se cuadran.)

Chat.—Nada, señorito.

Tor.—Nada, mi capitán.

Chon.—¡¡Que me lo digáis!!...

Chat.—Señorito..., es que..., es que estábamos oliendo ese papel azul..., porque parece que nos huele...

Chon.—¿A qué?

Tor.—A pólvora, mi capitán.

Chon.—¿Y qué papel es ese?

Tor.—Un telegrama que acaba de llegar para usted. (Chonchilla lo coge, lo abre, y a medida que lo va

leyendo pone más cara de alegría. Y al verle la alegría, Toribio va poniendo una cara de angustia que hace reír al público. Están cada uno en un extremo de la habitación; Chato ha quedado en medio, y mira alternativamente a los dos, y se tapa la boca para reírse de Toribio.)

Chon.—(Rompiendo el papel y arrojándolo al suelo.) ¡Qué alegría; qué alegría tengo! (Se va.)

(Toribio queda como alelado, y Chato, en cuanto desaparece Chonchilla, suelta la carcajada.)

ESCENA III

TORIBIO Y CHATO

Tor.—¿Qué hacemos ahora, Chato?

Chat.—Componer estos papeluchos, Toribio.

Tor.—Es verdad. (Los coge.)

Chat.—Déjame que yo lo haga.

Tor.—No, no. He de hacerlo yo. No quiero que te rías. (Empieza a casarlos sobre la mesa, a un lado; Chato le ve desde detrás de la mesa. Y Toribio añade): ¡Anda! ¡No me acordaba de que no sé leer!

Chat.—¡Ja, ja, ja!

Tor.—No te rías, que ya te he dicho que vas a correr...

Chat.—Bueno; déjame en paz. Te arreglaré el rompecabezas y te diré toda la terrible verdad. (Los va casando poco a poco.)

Tor.—(Paseándose y hablando solo.) ¿Pero qué pecado he cometido yo para tener que ir ahora a la guerra?... ¿Será porque el otro día le cogí un puro al señor vizconde para retratarme?... No creo que sea eso, porque lo volví a dejar... ¡Yo a la guerra!... Sólo he cogido una escopeta una vez en mi vida, para tirar a un conejo..., y el conejo se me quedó mirando..., ¡y se me cayó la escopeta al suelo!...

Chat.—(Lo oye y levanta la cabeza.) ¡Ja, ja, ja! ¿Pero es posible?

Tor.—Amigo, son raros fenómenos de óptica. Creí que era un león...

Chat.—Entonces, ¿qué te parecerán los negros del País de la Caña, con los que tienes que pelear?

Tor.—¡No me hables, por Dios! Veo sus fotografías en los periódicos y me parece que se menean y que me enseñan los dientes blancos... ¡Qué horror! (Hace gestos exagerados de pánico.)

Chat.—¡Qué miedo pasarás!

Tor.—Ya lo creo; como que vuelvo la hoja del periódico y todavía me parece que se mueve el papel, como una sábana que tiene debajo un gato.

Chat.—Bueno, chico, me haces reír más que una semana de circo, a veinte payasos por día. Eres un miedoso de película... ¡Pero, calla, que viene el señor vizconde!... (Soplan los papeles.)

(Continuará)

el perro, el ratón y el gato...

Semanario infantil. Director: Antenor Robles
Príncipe de Vergara, 42 y 44 - Apartado 33 - Teléfono 51587
Núm. 20. — Madrid, 11 de octubre de 1930
Suscripción. — España, Portugal y América: Año, 20 pesetas;
semestre, 10; trimestre, 6; Francia y Alemania: 24, 12 y 7;
demás países: 30, 16 y 8. — Exclusiva de publicación "Rudolf Mos-
se Ibérica S. A." En Madrid, Nicolás María Rivero, II, Teléf. 15525;
en Barcelona, Rambla de Cataluña, 15, Teléfono 13130.

Este ejemplar pertenece a



BIENESTAR
MUNICIPAL
MADRID

El Ratón Bombón

Cuando me marché del hospi-
tal de guerra pasé por la puerta
de un corralito pintoresco, y se
me ocurrió colarme, porque oí
alegre ruido de patos y gallinas.

XX. — Unos cuan- tos días en un co- rral de gallinas

Inmediatamente me llamó la atención un pato que estaba de portero, y que me dijo:
—Aquí no se puede pasar, joven.

—Huélame usted y verá cómo se honran ustedes mucho si paso unos cuantos días
con ustedes.

Le gustó al patito mi olor a bombón y me dejó pasar si no hacía ninguna travesura
de ratón.

Al principio todos me miraban con recelo; sobre todo el gallo. Pero fui haciendo
amistad, y una de las cosas que se me ocurrieron fué ayudar a una gallina en la in-
cubación de sus huevos.

Porque es que estaba yo bebiendo en un bededero de tres agujeros, y en los otros
había dos gallinas, y una dijo a la otra:

—Me voy en seguida al nido, no sea que se enfríen los pollitos que están dentro
de los huevos.

Yo lo oí y salí corriendo, corriendo, y me tumbé en aquel nido magnífico, que
todavía conservaba el calor maternal de la gallina.

Aunque la cáscara de los huevos es dura, no es incómoda gracias a lo redondita que
resulta.

Vino la gallina, me vió, y al principio quiso picarme. Pero yo la dije que no fuera
tonta y que contara conmigo para cuando ella se fuera de paseo.

Y, efectivamente, repartimos entre los dos el trigo que la echaban. Y yo me pasa-
ba grandes ratos tumbado, deseando que empezaran a salir pollitos. Porque yo no lo
hacía por bondad, sino por curiosidad y por dormir la siesta.

En los ratos de sol, después de comer, les enseñé a jugar a *la gallinita ciega*, dicién-
doles que me parecía mentira que en un gallinero no se supiera jugar a eso.

Pero resulta que en los gallineros es difícil acertar, porque no conociéndose por el
tacto el color de las plumas, no hay manera de saber qué gallina ha cogido uno.

En cambio, a mí me conocían en seguida, y me tenían dos horas sin acertarlas
a ellas.

¿No sabéis una cosa? Hubo una blanca, blanca, que me cogió una vez; tocó los
lentes, tocó el lazo, el pelo, el rabo, los bigotes... Y de pronto exclamó:

—¡Ya sé quién es! ¡La gallina pinta!...

Nos reímos de ella a grandes carcajadas, y el gallo se puso muy tieso, muy seco,
mirándome con ira, porque no podía soportar que nadie se riera de sus esposas.

Luego yo di en un vicio que no les hizo gracia..., y lo comprendo. Y era que como
no me resultaba suficiente el trigo que repartía con la gallina que esperaba tener po-
llitos, me comía con disimulo el primer huevo que se ponía en el día.

Calentito... ¡qué rico estaba!...

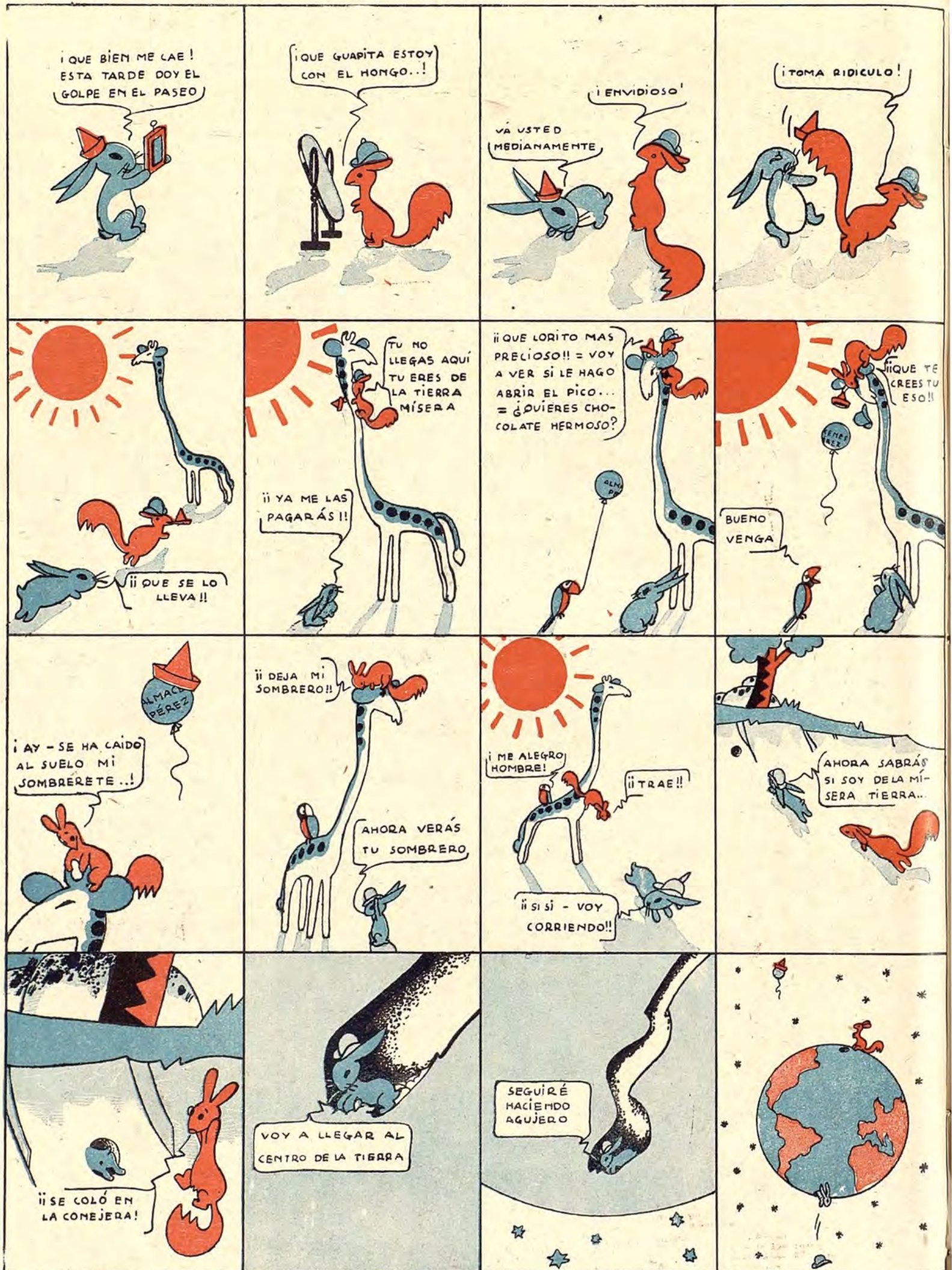
Hacía un agujerito a un lado y otro, muy chiquitín al otro para que entrara el
aire..., y lo sorbía. Hasta que se dieron cuenta, me vigiló Don Gallo y salió corriendo
detrás de mí con terrible intención de matarme a picotazos.

Cuando salía yo por debajo de la puerta llegó a deshacerme el lazo... ¡Ay, si me
descuido!... ¡Y qué *cosqui* me di en la cabeza al salir!...

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

Los sombreros del Conejo y la Ardilla



(Dibujo de Durán)

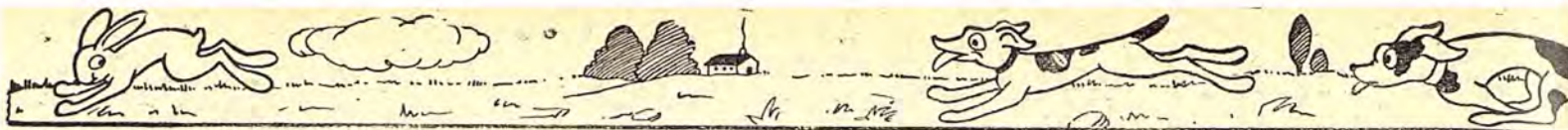
El niño Carloto Perrava a dar la vuelta a la tierra



ROBLEY-OSCAR

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



El de las preguntas



VÉASE la estampa de la última hoja.)

Manolita Sánz Labra es graciosísima: Tiene ocho años y una cara de lista que da gusto verla.

Es bastante charlatana. Mejor.

—Vamos a ver, Manolita, ¿a ti qué te gustaría ser?

—Yo, un imposible.

—No, mujer. Con voluntad, todo puede alcanzarse. ¿Qué es lo que quisieras ser?

—Yo hubiera sido de buena gana muñeca. Pero una muñeca como de cuento, que tuviera una amita que me quisiera como a una hija, y sus juguetes fueran muebles a mi tamaño. Eso sería mi felicidad; como un sueño...

—Pero, bueno, Manolita, ¿y qué te gustaría ser, de las profesiones de la vida?...

—Lo que más me gustaría ser es de las de estar en el mostrador en una tienda de vestiditos de niñas; ya ve usted.

El señor profesor



EL señor profesor Sí, mientras esperaba a sus discípulos, estaba dibujando un retrato en un papel.

En esto llegaron Mel, Gas y Bal, y Mel dijo:

—Yo quería que me dijera, si vale esta pregunta, quién es esa señora que está usted dibujando.

—Sí vale, sí; y ella también vale, o valía. Se llamó Concepción Arenal,

y su vida fué de principio a fines del siglo pasado. Gallega, y de un talento y una bondad extraordinarios. Su labor de Sociología, o sea de estudio para que mejorara la sociedad en que vivimos, fué magnífica, y toda ella inspirada en una ternura infinita. Y el caso es que parecía por sus vestidos un poco hombruna. Fíjate en cómo se titulan sus obras más notables, y por ahí comprenderás cuáles eran sus preocupaciones humanitarias: *Memoria sobre los niños abandonados*, *Manual del visitador del pobre*, *Empleo del domingo en las prisiones*, *Las colonias de Australia y la pena de deportación* y otras varias por el estilo... Lo más notable es que su bondad austera, fuerte, recia, nació en un momento en que todas las damiselas eran muy románticas. Sus libros son consultados constantemente por los sociólogos. En fin, chiquillos, que no debéis olvidar su nombre...

—Pues yo quería saber... si es verdad que los norteamericanos gastan millones en anuncios—dijo Gas.

Concepción

Arenal.

Los anuncios.

La noche

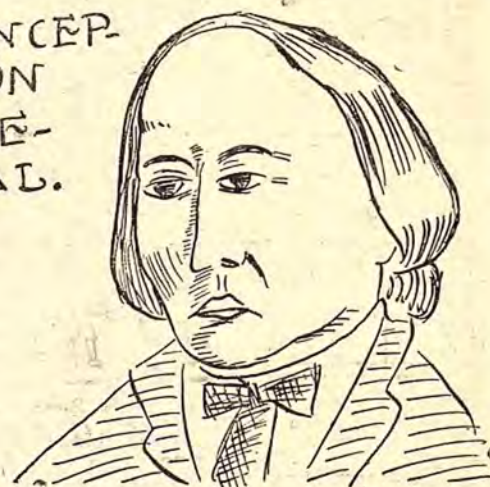
de las flores.

—La pregunta parece absurda; pero no importa. De todo hay que saber para hacernos hombres. Tenéis que ir sabiendo cómo se vive hoy en América del Norte, por si en ciertas cosas la vida de allá se parece a la vida de acá de dentro de diez o veinte años. Pues, sí; los norteamericanos se han gastado en 1929 cerca de 2.000 millones de pesetas (206 millones de dólares) en anuncios. Los que más han gastado son los de las Compañías de autos y camiones, y les han seguido en este orden: los tabacos, la alimentación, radio y fonógrafos, los específicos farmacéuticos, los petróleos, el jabón y los ferrocarriles. Ya lo sabéis. ¿Y qué me pregunta el joven Bal?

—Que si las plantas tienen sueño por la noche.

—Hay flores que por la noche varían de forma. Otras cambian con el sol. Ese es el origen de que diga

CONCEPCIÓN ARENAL.



que sueñan; pero nada más se dice. El dondiego se cierra de día y se abre de noche. El girasol va girando frente al astro del día. La mimosa y las acacias varían también. Y el trébol se acurruca de noche, pegándose dos hojas y cubriéndose con la otra. Ya estáis satisfechos.

Los tres chicos se fueron luego y Mel cogió las tres gorras y salió corriendo en broma. Luego le dieron caza sus juguetones amigos.—Cincomanos.

Manolita dice que el pavo real es el animal más bonito.



—Me parece muy bien. ¿Y cuál es el animal que más te gusta?

—El pavo real... ¡Qué plumas tan hermosas!...

—¿A ti te ha pasado alguna vez algo con un animalito?

—Pues sí; que yo tenía un pato en casa, que le daba de comer en la mano, y los domingos, que me levantaba más tarde, entraba a despertarme a mi cuarto haciendo: *cuá, cuá...*

—¿Cómo se llamaba?

—Azulito. Tenía sus plumas azules, preciosísimas.

—¿Tienes algún juguete al que le quieras mucho?

—Ya lo creo: un muñeco negrito: Pepe. Hay noches que me tiro de la cama para abrirlé; con que ya ve usted.

—¿Qué día te has llevado más susto en tu vida?

—Una vez que fui a abrir la puerta de casa, porque había sonado el timbre, y era un chino, con collares, que se había equivocado de piso, porque le habían llamado desde un balcón.

—¿Y en qué te gastarías las 1.000 pesetas de EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO, si te tocaran?

—Pues... pues... si pudiera, en que el muñeco negrito fuera de verdad, pero así de pequeño siempre.

El Tío Preguntón

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

La persona, el animal y el mueble

LA OBRA DE ARTE DE NUESTROS LECTORCITOS.—Bases que habéis de leer con mucha atención antes del envío, si no queréis que el dibujo se caiga en el cesto: 1.º Cada uno de los dibujos vendrá acompañado de un CUPON.—2.º Sus cuatro lados tendrán exactamente SIETE CENTÍMETROS cada uno.—3.º Estarán dibujados con tinta muy NEGRA.—4.º Tendrá una PERSONA (sea hombre, mujer, niña o niño), un ANIMAL (insecto, pez, ave o cuadrúmano, si no es copia de uno de los tres bichos de este periódico) y un MUEBLE o un cacharro.—5.º Se acompañará muy CLARO el nombre y señas.—6.º Pondréis la siguiente dirección: "EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO. Dibujos. Apartado 33. Madrid." Entre los niños artistas que publiquen sus dibujos desde el número 17 hasta el número 30, se sortearán 12 de las preciosísimas estampas originales que Alonso nos envía para las páginas de atrás, llamadas de las "Respuestas". Además, a los que publiquen los dibujos más graciosos y mejores se les premiará como se indica en otra parte.



397.—Francisco Hernanz. Segovia.



398.—Miguel A. Alvear. Villa del Río (Córdoba).



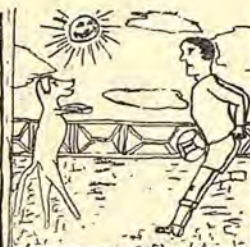
399.—Juanito Alvear. Villa del Río (Córdoba).



400.—Carlos Maria Alvear. Villa del Río (Córdoba).



401.—Adalberto de Hevia. Arcila (Marruecos).



402.—Enrique Hernández. Huesca.



403.—Luis Lasala. Huesca.



404.—Abalberto de Hevia. Arcila (Marruecos).



405.—Juan Hernández. Huesca.



406.—Eduardo Latónada. Valencia.



407.—Isabel Ferraz. Toledo.



408.—Angel Descalzo. Valladolid.



409.—Clotildín Vich. Valencia.



410.—José Palancar. Madrid.



411.—Adalberto de Hevia. Arcila (Marruecos).



412.—Isabel Ferraz. Toledo.



413.—José L. Anglada. Valladolid.



414.—Enrique Valle. Madrid.



415.—Ofelia Santonja. Madrid.



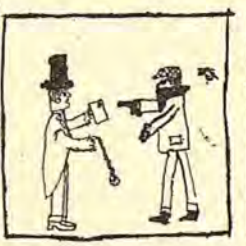
416.—Julio Morales. Madrid.



417.—Angela Hernández. Hervás (Cáceres).



418.—Francisco Hernández. Hervás (Cáceres).



419.—José L. Matía. Valladolid.



420.—Carlos Matía. Valladolid.



421.—José Reyes. Palma del Río (Córdoba).



422.—Carmina Descalzo. Valladolid.



423.—Juanito Mena. Arcila (Marruecos).



424.—Diego Gámez. Arcila (Marruecos).



425.—Rafael Arbones. Vigo (Pontevedra).



426.—Ramón Arbones. Vigo (Pontevedra).



427.—Federico Egui-luz. Vitoria (Alava).



428.—Maria Teresa Cortés.



429.—Emilo Mayo. Madrid.



430.—Glorita Gil. La Estrada (Pontevedra).



431.—Adalberto de Hevia. Arcila (Marruecos).



432.—Juan Oliveros. Madrid.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

todo el pueblo de Villacaballos de cartón



252



253



254



255



256



257



258



259



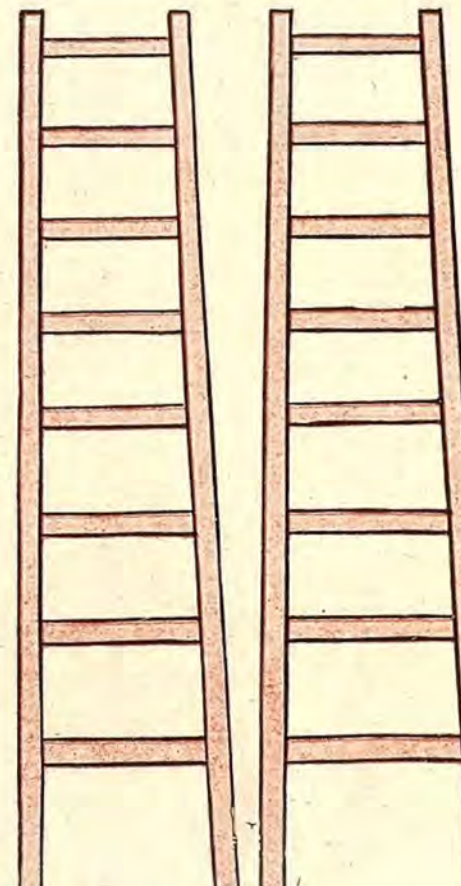
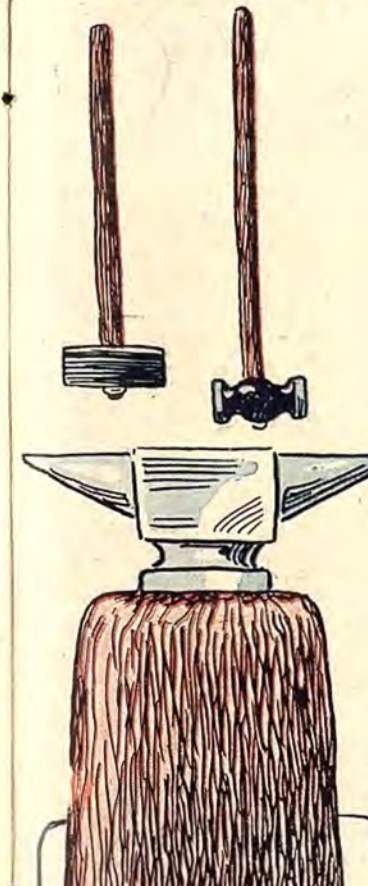
260



261



262



263



264

Cupón C. I. A. P.

Presentando dos cupones como éste en:

Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15; Librería Renacimiento, Preciados, 46, y plaza del Callao, 1, Madrid; Librería Barcelona, ronda de la Universidad, 1, Barcelona; Librería Fe, Campana (junto a Sierpes), Sevilla; Librería Fe, Isaac Peral, 14, Cartagena; Librería Fe, Mariano Catalina, 12, Cuenca; Librería Fe, Larga, 8, Jerez, y en Tán-ger, antigua calle del Banco de España,

obtendrás el 15 por 100 de descuento en la obra que que-rás comprar del fondo del catálogo de la CLAP. (Editoriales Renacimiento, Mundo Latino y Estrella.)



CLAP

PLIEGO VEINTE.—El notable pueblo de Villacaballos tiene, como es natural, sus profesiones. Hoy publicamos lo que puede llamarse el pliego de los oficios.—252. Gran cocinera, llamada Salustiana, que hace un arroz con cangrejos... y unas patatas fritas para comerlas los chicos antes de almorzar... ¡que ya, ya!—253. La doncellita Luz, que da brillo a los salones y luego los prueba poniendo el gramófono y bailando ella sola.—254. El señor Luis, el carpintero, especialista en ventanas de cuatro hojas y en comerse el cocido con morcilla.—255. Emiliano, el chico de la carpintería, que para los domingos se ha hecho un sombrero de paja, que no es de paja: es de madera.—256. El señor Roque, el pintor, que pinta las puertas con sombreado y todo, y es especialista en pintar en los comedores liebres y perros corriendo.—257. Román, el del pintor, al que el maestro encarga de las bicicletas y del fútbol cuando hay que decorar con deportes.—258. Juan José Belena, mecánico admirable que un domingo arregló un auto atando una

pieza con la corbata, ayudándose con un alfiler de tender ropa; era un día en que estaba de paseo y le pilló sin herramienta.—259. Camilo, el aprendiz de mecánico, que arregla las patinetas y los autos de juguete.—Un villacaballense en pedazos, que debéis ordenar para enviarle con otros once, según se indicaba en el número pasado.—260, 261 y 262. El señor Paco, el señor Eugenio y el señor Lutgardo, tres albañiles muy trabajadores, que todos los sábados se reúnen a cenar ensaladas y carnes asadas y un frasco de vino tinto.—Ahí está el yunque del herrero, y un martillo, y el martillo que llaman macho.—263. Manolo el Simvino, llamado así porque antes bebía bastante y luego lo dejó; puso al rojo una reja de dos metros de alta por tres de ancha para encender el pitillo.—264. Manolete, su hijo, que de pequeño quiso arreglar un reloj que le habían regalado y lo llevó al hornillo, que estaba al rojo, lo puse luego en el yunque y le dió un martillazo; ¡nada!

LA FRASE DE

DON QUIJOTE

La frase que se publica en el número 20 pertenece al capítulo

(Este cupón no se enviará hasta no reunir 40 o 42 de esta serie.)

CUPON para enviar un di-

bujo

No se remita sin saber bien las condiciones del con-urso.

Nuestros concursos

El de los juguetes de Manolito

Estudiadas con detenimiento las soluciones que se me han enviado a este concurso, resulta que han acertado, entre las mil y pico soluciones enviadas, los siguientes veintitrés señores y señoritas:

Isabel Camacho, Alfonso XII, 1, Marchena (Sevilla).—Julio Colón Gómez, Barrantes, 3, 3.º, Burgos.—Guillermo Miralles, García de Paredes, 18, 2.º, Madrid.—Mesodito Bensusan, San Felipe, 12, San Roque (Cádiz).—Isabelita Rubinal, Azoque, 88, Zaragoza.—Antonio Avila Vega, Duquesa de la Victoria, 21, Valencia de Alcántara (Cáceres).—Rafael Segovia Villarreal, Peñón, 25, 2.º, Madrid.—Enrique Ramirez, Villarroel, 201, Barcelona.—Asunción Muñoz, Antonio Acuña, 7, Madrid.—Manolita Doncel, Bocángel, 6 duplicado, 1.º izquierda, Madrid.—Manuel Paz Alejandro, Doctor Rubio, 9, Ronda (Málaga).—Fernando Curucharri, Viriato, 19, 2.º, Madrid.—Hermenegildo, Boulevard, 73 moderno, Almería.—Eduardo Normand, Lagasca, 42, Madrid.—Carmen Alvarez, Bravo Murillo, 78 cuadruplicado, Madrid.—Baltasarín Martínez, Fúcar, 22, Madrid.—Joaquín Cerrino Santías, Pabellones de Regulares, 2, bajo, Ceuta (Cádiz).—Consuelito Arjona Sánchez, María Cristina, 26, Trujillo (Cáceres).—Julito Menéndez, Plaza Chamberí, 3, 3.º, Madrid.—Antonio F. del Moral, San Francisco, 5, principal, Lorca (Murcia).—José María Arana, Bustamante, 8 quintuplicado, principal, Moratalla (Murcia).—Xavier Rocha, Hospital Militar, Larache (Marruecos).—Lourdes Belver, Valencia, 181, Barcelona.

Hecho el sorteo con todo escrúpulo, resulta que el primer premio, consistente en un AUTOMOVILITO de juguete, corresponde a

DON ANTONITO AVILA VEGA

Duquesa de la Victoria, núm. 21, Valencia de Alcántara (Cáceres).

Y los segundo y tercer premios, que son paquetes de libros, a

DON RAFAELITO SEGOVIA

y a la
SRTA. MANOLITA DONCEL

Enhorabuena a todos los que han acertado, por su ingenio. Y a estos tres nombrados últimamente, por su suerte.

CONCURSO DE DIBUJOS

Estudiados con cuidado, uno por uno, los dibujos publicados desde el 26 de julio al 13 de septiembre, resulta que el más perfecto me parece el de la

SRTA. MARIA LUCIA DEL OCIO
de Bilbao,

que ha publicado la obra con el núm. 184. Y el más gracioso, que lo es, el de

FELIPE SOTO NIETO
de La Guia (Por Cartagena).

A la primera le corresponde un paquete de libros, y al segundo un magnífico balón de fútbol.

Conste que hemos dudado mucho antes de dar los premios, porque son dibujos magníficos los de Fernando Ramirez, Ofelia Santonja, Joaquín Gómez Tello, Diego Silos, Carmen Aguas, Finita G. de Buitrago, Francisco Peiró, Sarita Viñegla, Angelita Antón, Julio Morales, José Luis Gómez Tello, Enrique Ramirez, María del Milagro Ortega, Carmen del Campo, Manuel Ramos y otros muchos.

Y son dibujos muy salados los de Concepción Díaz García, Fernando Gago, Justo Marín, Adolfo Maratt, Pilar Vera, Vicente Marín, Jesusín Fernández, M. Murillo, María Cruz Artigas, Carlos Torán, Juan Jesús Torán y muchos más.

¡Chiquillos! ¡Mi enhorabuena a todos y las cosquillas de mis bigotes!...

EL GATO ADIVINO

ERRATA

deslizada en el CUPON EXTRAORDINARIO publicado en el pasado número.

La última frase de *Don Quijote* de las que se dan en él, dice:

"¿Qué, el verle echar agua a manos, toda le, todos los miembros duelen."

Caps. LII o I y II.

Y debe decir:

"Quiero decir que cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen..."

Caps. LII o I y II de la 2.ª parte.



aviso.

No dejéis de concurrir a todos los concursos (que son cinco) porque la verdad es que los juguetes merecen la pena. Y mil pesetas, merecen la pena mucho más.

Ahora os voy a decir algo de lo que viene en el próximo número, sin que se entere el director.

¡Buen "paisaje recortable", con los medios de locomoción del siglo XVIII: litera, silla de postas, tartanal... ¡Buen paisaje visto des-

de el aeroplano del Príncipe PP: los alrededores del Polo, con mucha gracia!...

Una pintoresca aventura de Carlito y los diputados, los aficionados al "tennis" y los serenos de Villacaballeros.

Viene un cuento que se titula: "Como encontró el buen dragón su Princesa en el vagón".

Chin y Bely salvan a un mono de las rejas de la Casa de Fieras. El Naturalista habla de los picos curiosos de las aves. El señor Bombón titula así su artículo: "¿Vosotros no sabéis que yo fui tigre?..."

El Mueblista vendió una vez una silla que se murió de frío. Leed el próximo número y lo veréis.

Leed, sí; leed el próximo número, que os gustará.

TRESPELOS

JU GUE TES

para los
lectores de

**el perro,
el ratón y
el gato...**

5

concursos

1.º El que colecciona los seis paisajes recortables, tendrá derecho a la rifa de una PATINETA y de un paquete de LIBROS.

2.º Los niños que pregunten las cosas infantiles más ingeniosas, se llevarán como premio un ruidoso JAZZ-BAND y dos paquetes de LIBROS.

3.º Entre las niñas que adivinen los pasatiempos del Gato Adivino y compongan los villacaballenses que se publiquen en pedazos, entrarán en el sorteo de una formidable maleta con BATERIA DE COCINA, de juguete, un ARMARIO DE LABORES y dos paquetes de LIBROS.

4.º Entre los chicos que adivinen dichos pasatiempos se rifarán, además de dos paquetes de LIBROS, una CAJA DE SOLDADOS de plomo grandes y un CAMION AUTOMOVIL.

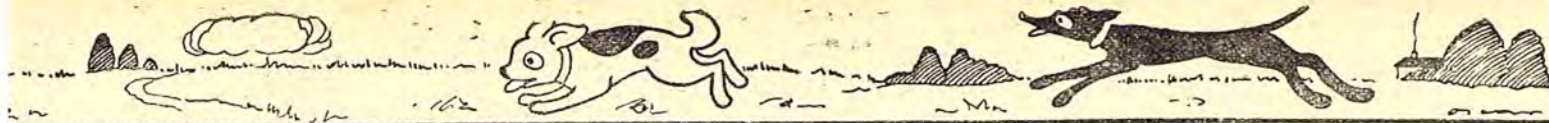
5.º Y no se quedarán sin premio los que publiquen dibujos, porque se rifará, entre todos, los dibujos de Alonso, y al dibujo más gracioso de niña se le premiará con un gran COCHE DE MUÑECAS, y al más gracioso de los chicos con un TREN CON TUNEL, vías, estación, etc. Además, para los mejores dibujos de niño y niña, hay espléndidos paquetes de LIBROS.

¡Todos a concurrir! Son cinco concursos, contando con el de la frase de Don Quijote. Debéis asistir a los cinco, que es posible que algún premio caiga sobre vuestra cabecita.



**el perro,
el ratón y
el gato...**

Ayuntamiento de Madrid



VARIOS lectorcitos me han pedido que les hable del juego de pelota, llamado deporte vaseo porque en las Vascongadas están especializados en él. Pero que es típicamente español, ya que apenas hay pueblo, sobre todo en el Norte y en Castilla, donde no haya su frontón, si no se juega en la fachada trasera de la iglesia o del ayuntamiento.



**El
po
llo
to
guin
da**

Me es muy simpático este juego, porque he visto muchos pueblerinos dedicados a él los domingos, en vez de estar metidos en la tabernucha, sin respirar más aire que el de una habitación llena de humo.

¡Qué fuertes se ponen los brazos con el juego de pelota, chiquillos! A mí me entusiasma ver esos antebrazos duros y esas manos de hierro, que se ponen así de practicar con frecuencia este deporte.

Ya os he visto yo a vosotros con una pelotita, dando y dando contra la pared, en competencia, dos amigos. ¡Cómo gusta cogerla bien! Y es tan noble el juego, que hasta gusta que el enemigo la dé también a gusto. ¿No os pasa eso a vosotros?

No es fácil el dominio de este deporte; pero con un poco de práctica se consigue estar minutos enteros sin cesar de pegarla. Claro que no vale hacerlo en casa, porque los espejos arrugan el gesto en seguida; y cuando un espejo se arruga...

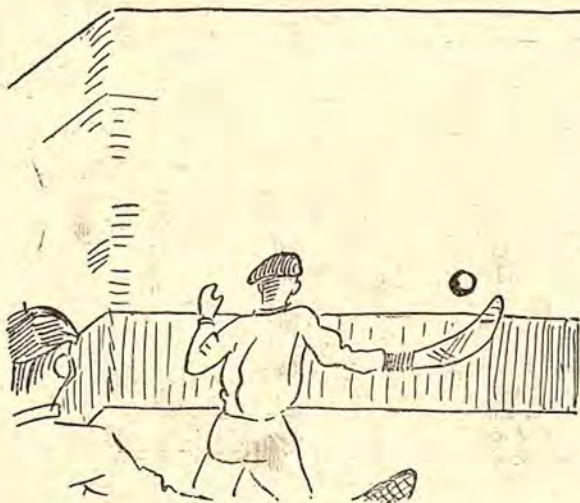
En el deporte serio hay delanteros y zagueros. Se llaman delanteros los que están cerca del muro, y zagueros los de detrás, y cada equipo lo forma uno de cada clase.

El delantero da las bolears más difíciles, porque no tiene apenas tiempo para saber por dónde va a venir la pelota. En cambio los zagueros tienen que tener más fuerte el brazo para enviarla lejos, y más picardía, porque han de pegarla de modo, a ser posible, que el enemigo no sepa por dónde va a botar. Y es verdad que las hay que llevan un extraño efecto que la hace botar de un modo insospechado.

Se juega a mano, con pala y con cesta.

Con cesta es más bonito, seguramente.

Con pala, más fuerte.



A mano es más natural.

Dicen que los profesionales, que son muchos, rompen infinidad de alpagatas. No lo digan en casa, no vayan a creer que vosotros vais a gastar tanto. Y yo quiero que los lectores de EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO sean pelotaris, pero de los buenos aficionados, porque eso indica que se poseen fuerza y destreza.

El Pollo Guinda

He tenido un rato de charla con un colegial muy amigo de los hijos de *Pompo* y *Teddy*. Ya sabéis que estos dos payasos magníficos, que han divertido tanto a los niños en los circos y teatros mejores de España y Europa entera, tienen cada uno un hijo, que ya trabajan con ellos.



**El
ma
go
bo
ti
jo**

Yo los he visto: tendrán poco más de quince años, tal vez. De pronto hacen como que lloran, y sus padres les dan un chupete enorme para que callen.

Este amigo de los dos chicos, que conoce mucho a los padres, me ha contado todo lo que sabe de ellos.

—¿De dónde son los papás?

—De Granada. Y hermanos, además. Si tienen nombres extranjeros fué porque así lo quiso su primer empresario. Pero ya ves que a los chicos los ponen nombres españoles.

—¿Cómo los llaman?

—Al uno, *Zampabollos*, y al otro *Nabucodonosorcito* (17 letras). Yo creo que los chicos, como los pa-



Toda una familia española de buenos payasos.

dres, van a ser saladísimos. Antes se creía que los payasos mejores eran los ingleses; pero ahora está demostrado que son mejores los italianos y los españoles.

—¿Qué fueron antes *Pompo* y *Teddy*?

—Acrobatas. Eran toda una familia de circo. El padre fué el clown *Pepino*. Los hijos, que eran cuatro hermanos y tres hermanas, todos acróbatas. Pero estos dos se especializaron en la gracia, que era cosa que les gustaba mucho. Sin embargo, dicen que es difícil, porque hay que divertir a todos los públicos, y no todos entienden todos los idiomas. Ellos, una vez, ante un público muy variado, dijeron chistes y gracias en cinco idiomas, y fueron aplaudidísimos.

—¿Se anuncian como españoles?

—Ya lo creo. Eso dicen que les honra mucho. Y hasta nos dan por el Extranjero fama de gente de humor fino. No hay nada tan difícil como hacer reír proponiéndoselo. Y ya ves que todo el mundo presume de gracioso...

—¿Cómo es que *Zampabollos* y *Nabucodonosorcito* se dedican también a esta profesión?

—Por la fuerza de la herencia... *Pompo* y *Teddy* querían que sus hijos fueran músicos: un pianista y un violinista. Pero ellos... Claro que, de todos modos, estudian mucha música, y libros, porque el verdadero payaso de hoy, como el humorista, no se forma física o sea corporalmente, tanto como en la inteligencia.

—Muchas gracias por los datos, amigo, y dales recuerdos de parte de los lectores de EL P. R. G.

El Mago Botijo

**el perro,
el ratón y
el gato...**

Ayuntamiento de Madrid

Las gafas que un usurero

CUENTO, por JOSÉ LÓPEZ RUBIO

Si os digo lo que le pasó a don Cosme con aquellas gafas, no me vais a creer. Pero yo sé muy bien que pasó, y no hace mucho tiempo.

Aquellas gafas que don Cosme se compró, sin cristales, en un puesto del Rastro, estaban vivas, o algo así. Si no, no se comprende lo que a don Cosme le sucedió con ellas.

Cuando se compra una cosa de segunda mano, un objeto que ya ha sido usado anteriormente por otra persona, nadie sabe las mañas y costumbres que el objeto puede traer consigo, de su vida anterior.

Don Cosme, por ahorrarse unas pesetas, a pesar de que tenía tantas, no quiso comprar en una tienda, nuevecitas, las gafas que necesitaba para su vista cansada (cansada de gastarse en mirar de noche con muy poca luz, para ahorrar y ahorrar), y buscó por los puestos de viejo, donde se encuentra todo y donde, ¡claro!, encontró la armadura de unas gafas de metal. La armadura era lo más importante. Con ella iría a la tienda

del óptico con la mentira de que se le habían roto los cristales.

—¡Ajajá! No me están mal del todo. ¿Cuánto? ¿Dos pesetas? ¿Está usted loco para pedir dos pesetas por la armadura vieja de unas gafas?

Regateando estuvo hasta que el vendedor, cansado de discutir, le rebajó un real, con lo que el avaro se quedó satisfecho.

—Ya tengo mis gafas; ya tendré las cosas a mi alcance. Ya lo veré todo...

En efecto; cuando tuvo en sus gafas viejas los cristales más gordos de la miopía más gorda, miró al cielo, a los árboles, a los pájaros, al río, a las nubes blancas. Era un goce mirar aquel día claro de primavera, en que todo era nuevo, alegre y como recién pintado. Pero...

—Bueno, bueno. No conviene mirar demasiado. Si miro siempre a través de los cristales de mis gafas, acabaré por gastarlos, con lo carísimos que me han costado... Además, no hace falta mirarlo todo, a todas horas. Sólo usaré mis gafas cuando

tenga que leer algo o ver lo que firmo. Si las llevo siempre puestas, es más fácil que se me caigan y se me rompan.

Se guardó las gafas, y anduvo casi a tientas, tropezando con todo, viéndolo todo con ojos turbios, camino de una de sus casas, en la que, como era día primero de mes, tenía que cobrar los alquileres.

Para no perder tiempo, iba pensando en nuevas avaricias que le permitiesen amontonar cada vez más dinero.

—Y digo yo: ¿no es lícito que trate de compensar de alguna manera este despilfarro que he hecho de comprarme unas gafas? No se debe gastar dinero si no se tiene ya pensado de dónde se debe sacar. Haré unos recibos nuevos, cobrando un duro más por cada cuarto, y así...

Al dar vuelta a una calle, tocaba el espinazo de la esquina, para asegurarse, y seguía con su andar de cegato, por no sacar las gafas del bolsillo.

—Y digo yo...: ¿Para qué voy a gastar papel en hacer unos recibos nuevos? Además, la tinta que se pierde en escribirlo todo otra vez... Enmendaré los que traigo, y así pueden servir.

Cuando llegó a la primera de sus casas estaba cansado de andar. Se sentó en la portería, calentándose muy a gusto en el brasero. (Don Cosme nunca tenía lumbre encendida en su casa.)

—Ahora voy a enmendar estos recibitos...

Se caló las gafas, y trató de escribir en los recibos; pero...

Las gafas de don Cosme no se estaban quietas. Tan pronto se subían hasta la frente, como bajaban a la boca, o se quedaban montadas, casi al aire, en la punta de la nariz. Tan pronto se desenganchaban de una oreja como de la otra, como de las dos. También se le escapaban y corrían por el suelo, de perfil, como los cangrejos de mar.

No pudo escribir ni una línea. Tuvo que dejar los recibos como estaban, sin el aumento de precio que tenía pensado.



el perro,
el ratón y
el gato...

compró por poco dinero

DIBUJOS de ALMA TAPIA

Entonces, muy rabioso por aquella jugarreta de sus gafas, subió a cobrar, piso por piso, porque así se ahorra el sueldo de un cobrador y porque no se fiaba del portero.

Una pobre viuda que vivía en el cuarto piso le dijo, con lágrimas en la voz, que tuviera la caridad de esperar unos días, que entonces iba a poder pagar. Pero don Cosme, en eso, era inmovible.

—Nada, nada. Ahora mismo la desahucio a usted por falta de pago, y mañana le pongo los trastos en la calle. Mi casa no es ningún asilo. ¿Tiene usted un papel blanco?

—Sí, señor, don Cosme.

—Pues démelos. Voy a escribir ahora mismo la orden de desahucio.

La pobre viuda era tan buena, que hasta le dió a don Cosme una hoja de papel blanco, en la que se iba a escribir su sentencia de desahucio. Don Cosme se puso las gafas y trató de escribir la orden para el Juzgado.

Pero las gafas no se estaban quietas tampoco esta vez. Tan pronto se volvían del revés, y don Cosme veía las letras cabeza abajo, como se hacían un ocho, para que don Cosme no pudiera trazar ni una línea. Después, como ya tenían por costumbre, se desenganchaban para corretear un poco. Don Cosme, irritado, quiso seguir escribiendo; pero como no podía, tuvo que renunciar.

Se marchó de muy mal aire, sin haber logrado su infame propósito.

Y así siempre.

Una vez que el muy usurero de don Cosme quiso escribir un pagaré, para que lo firmase un pobre hombre, apremiado por una urgencia de dinero, comprometiéndose a pagar 10.000 pesetas por 1.000 que don Cosme le prestaba, las gafas se le fueron de un lado a otro, y resultó que don Cosme puso dos ceros, en lugar de cuatro, y de ese modo, el que se llevaba las mil pesetas sólo tenía que devolver 100, con lo que se castigaba la usura del avaro.

Otro que no fuera don Cosme ya se habría comprado otras gafas, en vista del mal resultado que éstas le daban. Pero don Cosme, después de

haberse metido en un gasto grande, no quería dar por perdido su dinero, y se desesperaba, profiriendo en gritos y lamentaciones.

—¿Hasta cuándo voy a tener que sufrir este tormento de usar unas gafas que me estropean todos los negocios?

Entonces, las gafas, por uno de los ganchos de las orejas, le hablaron al oído:

—Hasta que nos emplee usted para buenas acciones, no para cometer injusticias y sembrar desgracias. Mientras usted quiera servirse de nosotros para sus infamias y sus avaricias, estaremos más vivas cada día y nos volveremos inquietas y dislocadas, y además turbias, porque los cristales han hecho causa común con nosotros.

¶ Para probar si era verdad aquello que las gafas le habían dicho al oído, don Cosme escribió una carta, en la que destinaba un gran donativo a no sé qué obra de beneficencia. Las gafas, entonces, como por encanto, se estuvieron quietecitas y formales.

Y como don Cosme comprobó lo

cierto de cuanto las gafas le habían susurrado, rompió la carta, pues en el fondo nunca había pensado hacer tal donativo.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Conque te has burlado de nosotras?—dijeron las gafas, indignadas—. ¡Ahora verás!

Y por el arco donde se apoya en la nariz, se apretaron como unas pinzas, teniendo a don Cosme sujeto y dolorido, hasta que escribió de verdad la carta, metió dentro el dinero para la obra de caridad, cerró el sobre, le puso un sello y la echó al buzón del correo. Sólo así se pudo salvar de la tenaza de sus gafas.

Y pasó que siempre que se le ocurrió hacer algo bueno, las gafas le sirvieron fielmente, como las mejores gafas del mundo, quietecitas, formales, limpias.

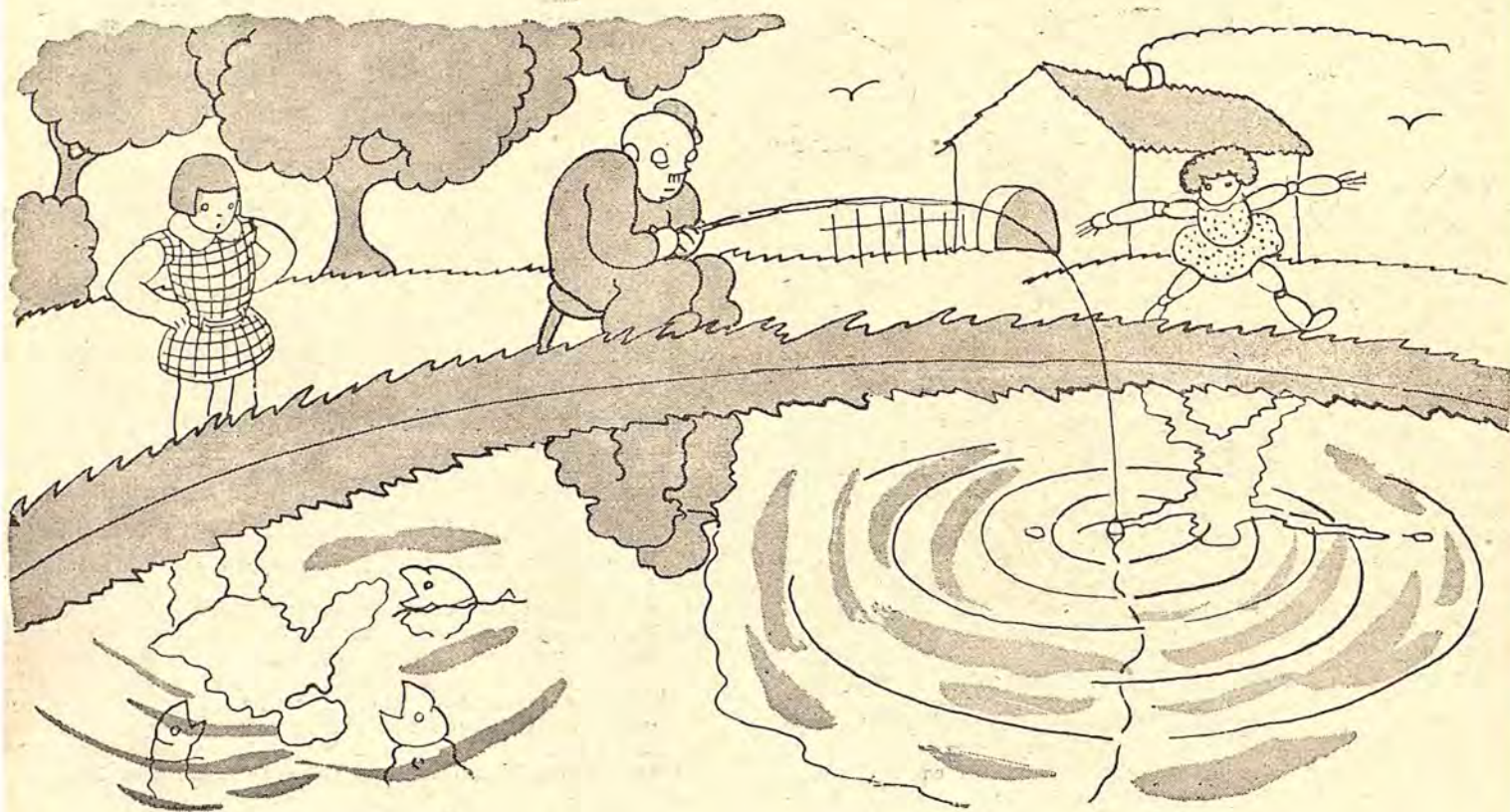
Poco a poco don Cosme fué conociendo lo bueno de ser bueno, y desde entonces, en los cristales de sus gafas brillaba, como un punto de sol, la alegría de hacer el bien bien hecho y de haber salvado del fondo de su avaricia a don Cosme el usurero.



el perro,
el pato, y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

Los domingos de Chin y Bely



No sólo habían salido al bosque *Chin* y *Bely* el domingo pasado. También había salido un pescador con su caña, su merienda y su paciencia.

Y digo su paciencia, porque ya sabéis que los pescadores de caña tienen que estarse mucho tiempo esperando a que un pez se le ocurra picar.

Cuando *Chin* y la niña *Bely* pasaron cerca del río, vieron a Don Cosme pescando.

En aquel momento había cogido un pez, que llevaba la boca herida por el anzuelo. Lo dejó a su lado, y de un coletazo el animalito dió un brinco y se coló en el agua otra vez.

—¡Qué alegría!—exclamó la muñeca *Chin*, no por ella ni por el pez, sino porque sabía la satisfacción que a *Bely* le producía que un animalito se salvara de las crueldades o de la glotonería del hombre o de otro bicho.

—¡Qué alegría, sí!—contestó la niña. Y se quedó pensativa, pensativa, sin saber cómo componérselas para evitar que picaran más peces en el pincho cruel.

De pronto llamó a la muñeca, la habló por lo bajo al oído, y cada una se sentó a la orilla del río, a cada lado del pescador.

El pescador Don Cosme las miró, y se dijo:

—Estas pelmas vienen a curiosear. Bien se van a aburrir.

Pero no creáis que habían ido a curiosear, no. Habían ido a otra cosa más importante. Ellas parecían callar, callar, callar; pero debajo del agua estaban sus reflejos. Vosotros ya habéis visto los reflejos de los niños en los ríos. Y los reflejos de ellas dos estaban hablando a los peces, que venían de un lado o de otro, y diciéndoles a todos los que pasaban:

—¡Cuidado con ese gusanito que cuelga!... No lo cojáis, que es vuestra muerte...

Y los peces no lo cogían, claro está.

Así pasaron horas y horas. El señor se aburría de no pescar, y dijo a *Bely* lleno de mal humor:

—Niña: yo creo que tu muñeca me da la mala suerte; así es que la voy a tirar al agua.

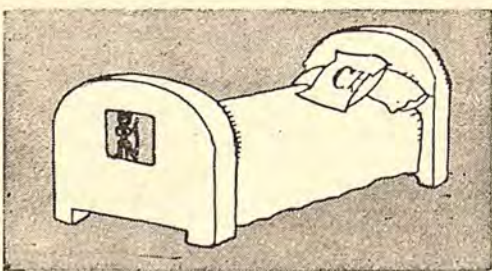
Y sin decir más, la cogió y la lanzó al río.

¡Pobre muñeca, cómo se la llevaba la corriente!... *Bely* lloraba sin consuelo. Pero pronto vió que los pececillos, agradecidos profundamente a las dos hermanas por lo que habían hecho antes por ellos, recogieron sobre sus lomos rojos o plateados a la muñequita y la dejaron en la crilla suavemente.

Lo vió Don Cosme, se dió cuenta de que los peces habían hecho una obra buena, y para no ser él peor que todos, lo que hizo fué sacar el anzuelo, rasparlo en una piedra que no tuviera pincho, y poner miguitas de pan para que las cogieran los peces sin herirse.

Y luego constituyó la *Sociedad de Pescadores sin Pincho*, llamada también S. P. S. P. por las iniciales, y lo pasaban todos divinamente siendo buenos con los pececillos, que venían los domingos a comer de todas las cañas de la Sociedad.

Y *Bely* compró a *Chin* una camita de juguete para que descansara del remojón.—*TINITA*.



el perro,
el ratón y
el gato...

Ardián hogueras, a cuyo alrededor se agrupaban muchos hombres, no con el objeto de entrar en calor, pues no hacía frío, sino para asar trozos de venado o fumar sus pipas, de extravagante forma. Algunos se ocupaban en limpiar sus armas.

Palabras de muchos idiomas llegaron a mis oídos. Era exclamaciones en inglés, francés, español e indio, como si diferentes naciones hubieran enviado allí sus representantes.

Me llamaron más la atención tres de aquellos grupos. En cada uno de ellos prevalecía un idioma diferente; sin embargo, en los tres había cierta homogeneidad en los trajes de los hombres de que se componía cada uno de ellos.

El que se hallaba más cerca de mí hablaba en español; lo formaban mejicanos. Describí el traje de uno de éstos como lo recuerdo en este instante.

Llevaba calzón de pana verde. La hechura de esta prenda era semejante a la que llevan los marineros. Corto de talle, muy ajustado por el muslo y ancho por la pierna, donde estaba reforzado por cuero negro estam-pado y bordado con adornos. Las costuras exteriores estaban abiertas hasta el tobillo, unidas por medio de lazos y con una hilera de cascabelitos de plata. Por debajo del pantalón caían hasta el pie los canzoncillos blancos en anchos pliegues. Las botas eran de becerro curtido, pero sin embutinar. Eran rojizas, redondas por la punta y llevando unas espuelas que pesaban una libra cada una por lo menos, con una rodaja de tres pulgadas de diámetro. Estas espuelas estaban trabajadas de una manera particular, y se sujetaban a las botas por medio de correas. Unas campanillas muy pequeñas estaban colgadas de cada uno de los dientes de la rueda y resonaban al menor movimiento que hacía el pie. Los calzones no estaban ajustados a la cintura, pero los sujetaba a ella una faja de seda encarnada, que daba varias vueltas alrededor del cuerpo y se ataba por detrás, donde caían los flecos de los dos extremos sobre la cadenera izquierda. No llevaba chaleco. Una chaqueta de paño oscuro, llena de bordados y muy ajustada y muy corta por detrás, de-

La cara de estos hombres era morena y de salvaje aspecto. Tenían el pelo largo, lacio y negro como el ala del cuervo, y la barba y bigote, del mismo color, crecían desordenadamente en sus caras. De sus ojos partía una luz extraña, que brillaba bajo el ala de sus sombreros. Pocos entre ellos eran de elevada estatura; sin embargo, se veía cierta elasticidad en sus cuerpos, que recibían desordenadamente en sus caras. De sus ojos partía una luz extraña, que brillaba bajo el ala de sus sombreros. Pocos entre ellos eran de elevada estatura; sin embargo, se veía cierta elasticidad en sus cuerpos, que recibían desordenadamente en sus caras. De sus ojos partía una luz extraña, que brillaba bajo el ala de sus sombreros. Pocos entre ellos eran de elevada estatura; sin embargo, se veía cierta elasticidad en sus cuerpos, que recibían desordenadamente en sus caras. De sus ojos partía una luz extraña, que brillaba bajo el ala de sus sombreros.

Esto bastaba para caracterizar el traje de muchos de los indios; éstos eran los más pobres, mientras unos cuantos usaban el sencillo "guarache", la sandalia de los aztecos.

La cara de estos hombres era morena y de salvaje aspecto. Tenían el pelo largo, lacio y negro como el ala del cuervo, y la barba y bigote, del mismo color, crecían desordenadamente en sus caras. De sus ojos partía una luz extraña, que brillaba bajo el ala de sus sombreros. Pocos entre ellos eran de elevada estatura; sin embargo, se veía cierta elasticidad en sus cuerpos, que recibían desordenadamente en sus caras. De sus ojos partía una luz extraña, que brillaba bajo el ala de sus sombreros.

Esto bastaba para caracterizar el traje de muchos de los indios; éstos eran los más pobres, mientras unos cuantos usaban el sencillo "guarache", la sandalia de los aztecos.

La cara de estos hombres era morena y de salvaje aspecto. Tenían el pelo largo, lacio y negro como el ala del cuervo, y la barba y bigote, del mismo color, crecían desordenadamente en sus caras. De sus ojos partía una luz extraña, que brillaba bajo el ala de sus sombreros. Pocos entre ellos eran de elevada estatura; sin embargo, se veía cierta elasticidad en sus cuerpos, que recibían desordenadamente en sus caras. De sus ojos partía una luz extraña, que brillaba bajo el ala de sus sombreros.

de sus manos, a no ser que hubiera pertenecido al número de los que, en sus momentos de descanso, hacían participar de su albergue a alguna damisela india, fuera sions, crow o cayena.

Consistía en una blusa de piel curtida de ciervo, tan suave como un guante, unas polainas de cuero que le llegaban hasta la cintura y calzado del mismo material. La blusa, que la llevaba ceñida por medio de un cinturón, estaba entreabierta por el pecho, dejando caer el cuello sobre los hombros, de manera que su garganta quedaba descubierta. Por debajo de la blusa se veía otra de un material más fino, pues era de piel curtida de antilope. En la cabeza llevaba una gorra al "raccoon", con la cara del animal hacia el frente, mientras la cola pendía como una pluma sobre su hombro izquierdo.

Llevaba además una bolsa para balas, hecha de piel de gato montés, y un cuerno en forma de media luna, sobre el cual había tallados muchos signos o dibujos que representaban otros tantos recuerdos singulares.

Sus armas consistían en un largo cuchillo, un "bowie" y una pistola muy grande sujeta por medio de una correa a su cinturón. Además tenía un rifle de cerca de unos cinco pies de largo, y tan derecho que la línea del cañón se desviaba apenas de la de la culata.

Se conocía que el tipo que estamos describiendo se había cuidado poco de la parte de adorno, tanto en su traza como en sus armas y equipo; sin embargo, la blusa que llevaba era graciosa y la gorra y las polainas no carecían de cierta elegancia, sobre todo la primera, que parecía denotar que el que la llevaba no era indiferente al buen aspecto que presentaba su persona con ella. Sobre su pecho estaba pendiente una bolsita con bordados delicados hechos con púas de puercoespín.

De vez en cuando la contemplaba con ojos satisfechos y complacidos. Era su portapipa, una prenda de amor sin duda, regalo de una mujer de ojos y pelo negros, que, como él, sería habitante del agreste desierto.

Este es, en conjunto, el aspecto del trampero de las montañas.

Le rodeaban otros muchos, ataviados de una manera

fre una evaporación más intensa, se eleva mucho más y se libra de la influencia atractiva de Sierra Nevada; flota después y viene a caer en la región del desierto. ¿Qué sucede entonces? Tan pronto como se desprende la lluvia retrocede otra vez hacia el mar, llevada por el Gila y el Colorado para volver a elevarse y fertilizar las faldas de Sierra Nevada, mientras otros fragmentos de cualquiera otra nube flota sobre las áridas mesetas del interior y se transforma en lluvia o nieve sobre los picos de las Montañas Roqueñas. Este es el origen de todos los ríos que se dirigen al Este y al Oeste y el de los oasis, como los "parques" que existen entre estas montañas. De aquí provienen los fértiles valles u orillas del río de El Norte y de otros manantiales que, aunque escasos en agua, se deslizan sobre este terreno.

Las nubes de vapor que se elevan del Atlántico sufren una detención semejante al cruzar la cadena de los Alleghanis, o enfriadas después de haber girado por cierta porción del globo, descienden a los valles del Ohío y del Missisipi. Desde cualquier parte de las costas de este continente que os pongáis en marcha observaréis, conforme os vayáis aproximando a su centro, que va disminuyendo la fertilidad. El terreno, en muchos puntos donde apenas crece una mata de hierba, posee todos los elementos necesarios a la vegetación; sólo le falta agua. El doctor os dirá que no me engaño; ha analizado la tierra, y lo ha visto.

—Es cierto—dijo el naturalista con tranquilidad.

—Hay muchos oasis—continuó Seguin—, y allí donde hay agua para regar la tierra brota una vegetación muy abundante. Debéis haber observado esto, no me cabe la menor duda, cuando viajabais siguiendo la dirección del río. Así tenía lugar cuando los españoles colonizaban en el río Gila.

—¿Por qué abandonaron esas colonias?—pregunté a mi compañero.

Nunca había oído hablar de las razones que habían existido para que los españoles cesaran de ocupar aquellas colonias tan florecientes en otros tiempos, y tenía curiosidad por saberlas.

riosidad me puse a escuchar y ver cuanto pasaba a mi alrededor.

Aunque quisiera dibujar con un lápiz la escena que se presentaba ante mis ojos asombrados, apenas podría dar idea de ella.

No es fácil un golpe de vista más agreste ni más pintoresco. Me recordé algunos cuadros que había visto representando escenas de bandidos bajo los oscuros pinos de los Abrazos.

Trato de trasladar al papel el recuerdo de cosas que pasaron hace muchos años, durante los cuales mi vida ha sido una cadena de aventuras; por esta razón sólo podrá hacer mención de los toques más brillantes que presentaba aquel cuadro.

He olvidado por completo los detalles, aunque en aquella época hasta las cosas más pequeñas eran nuevas y me acostumbré a verlas, y desde entonces existen en mi memoria, confundidas con otra multitud de recuerdos.

El campamento en un recodo del río El Norte, en un claro rodeado por altos algodoneros, cuyos lisos troncos se levantaban verticales sobre un matorral de palmitos y otros arbustos. Veíanse allí esparcidas algunas tiendas, entre las cuales había hechas con pieles, a la manera de los indios. Sin embargo, la mayor parte de los cazadores no se cobijaban sino debajo de una piel de búfalo sostenida por cuatro palos derechos. En el matorral se veían también "cubiles" hechos con ramas y cuerdos, con las palmeadas hojas de la yuca o con cañas del río adyacente.

Había senderos que se dirigían en todas direcciones y podía descubrirlos por las aberturas que quedaban entre el follaje. A través de una de éstas se veía un verde prado, donde pastaban muchas mulas y caballos.

Por el suelo se podían ver sillitas de montar, bridas y faros apoyados en los troncos o colgando de las ramas. También había allí armas de fuego y sables pendientes de las tumbas o covachas indias. Otros artículos, como cacerolas, vasijas y hachas yacían esparcidos por todos lados.

— Por qué? — repitió Seguin con energía. — Porque a no ser que otra raza distinta de la ribera tome posesión de estos terrenos, los apaches, los navajos y los comanches arrojarán del suelo de Méjico a los descendientes de los hombres que los conquistaron en otro tiempo.

— Tanta es su decadencia?

— Mirad a Sonora y Chihuahua; están medio deshabitados; volved la vista a Nuevo Méjico; sus habitantes se ven agobiados; viven, por decirlo así, arando la tierra y apacentando ganados para sustentar a sus enemigos, que les privan de todo en irrupciones anuales. Pero el sol nos dice que debemos continuar nuestro camino. ¡En marcha!

— ¡En marcha! — repetí, saltando sobre mi caballo.

— Podemos pasar por el cañón — dijo Seguin —: hace tiempo que no ha llovido y hay poca agua; en otro caso nos veríamos obligados a andar quince millas por aquella montaña. Acercaos a las rocas y seguidme.

Seguin penetró en el cañón seguido de cerca por mí, y viniendo detrás Godé y el doctor.

CAPITULO XVII

Los cazadores de cabelleras

No era aún muy entrada la noche cuando llegamos al campamento de los cazadores de cabelleras. Apenas fué notada nuestra llegada. Aquellas gentes se contentaron con echarnos una mirada, y ninguno se levantó para recibirnos ni tampoco cesó en su ocupación. Tuvimos que desensillar nuestros caballos y disponer de ellos de la mejor manera que pudimos.

Como hacía tiempo que no montaba a caballo me hallaba bastante fatigado, por lo cual extendí mi manta en el suelo y me senté sobre ella, apoyándome en el tronco de un árbol.

Pensaba dormir, pero era para mí tan extraño cuanto me rodeaba que mi imaginación se excitó, y lleno de cu-

gándolo con una bala de su rifle. Las prendas eran obra de la montaña, donde había comprado el material, para esto es, de su hogar, la pradera y los agrestes "parques".

El traje de este individuo era de manufactura casera, ca, alegre y generosa.

moso. Su expresión no podía ser más atrevida, pero franco. Su aspecto simpático, y hasta puede decirse que era hermuo blanco en otro tiempo. En general, el aspecto de su influencia del sol y de la intemperie; debió haber sido aquel tinte oscuro era debido a su continua exposición a la luz. Tenía la tez como la de un mulato; sin embargo, plaza comercial o colonia, porque su melena no era muy Se conocía que había estado recientemente en alguna pequeña y penetrante, y rara vez vagaban sin fijarse. gote de un color mucho más claro. Eran sus ojos garzos, una escasa barba casi rubia y el labio superior un ligero bigote del arma, ancha, descarnada y muscular. Cubría su cara los brazos eran robustos, y la mano con que agarraba el cañón antecesoros habían pertenecido a la raza sajona. Sus brazos era imposible dudar que era muy fuerte y que sus ojos en la hoguera. Su estatura era de seis pies, y al Estaba de pie, apoyado en un largo rifle, y hijos los cripción para todos.

El traje también uno de los tipos que servirá de descripción de la montaña.

hombres. Eran tramperos, los cazadores de la pradera, los la voz, traje, fisonomía y lenguaje. Su tipo era anglo-mexicano. Existía en todos los puntos esenciales, es decir, en ponían eran muy distintos de los primeros; diferencia había llamado mi atención. Los individuos que lo acompañaban a corta distancia de este grupo estaba el segundo que agraables.

Hablaban en español, y sus voces eran ásperas y desagradables.

ganar, daba gracias a la Virgen Santísima.

ramentos terribles; pero sí, por el contrario, llegaba a co que tenían. Cuando alguno de ellos perdía lanzaba ju-monte sobre sus mantas extendidas, apostando el taba-

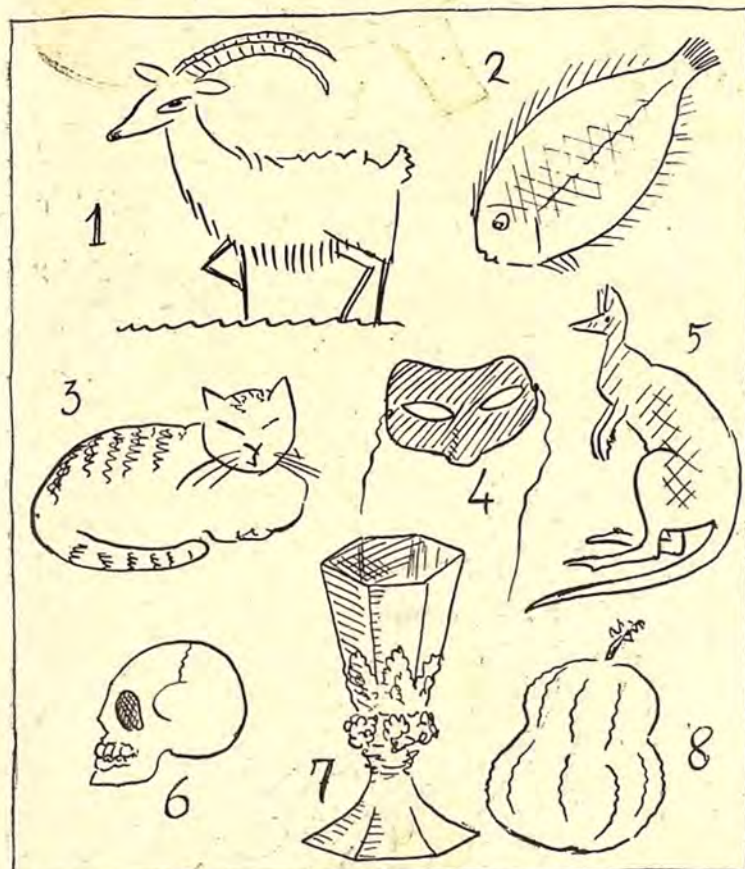
los de su raza.

quinto cierto valor temerario que están hijos de poseer

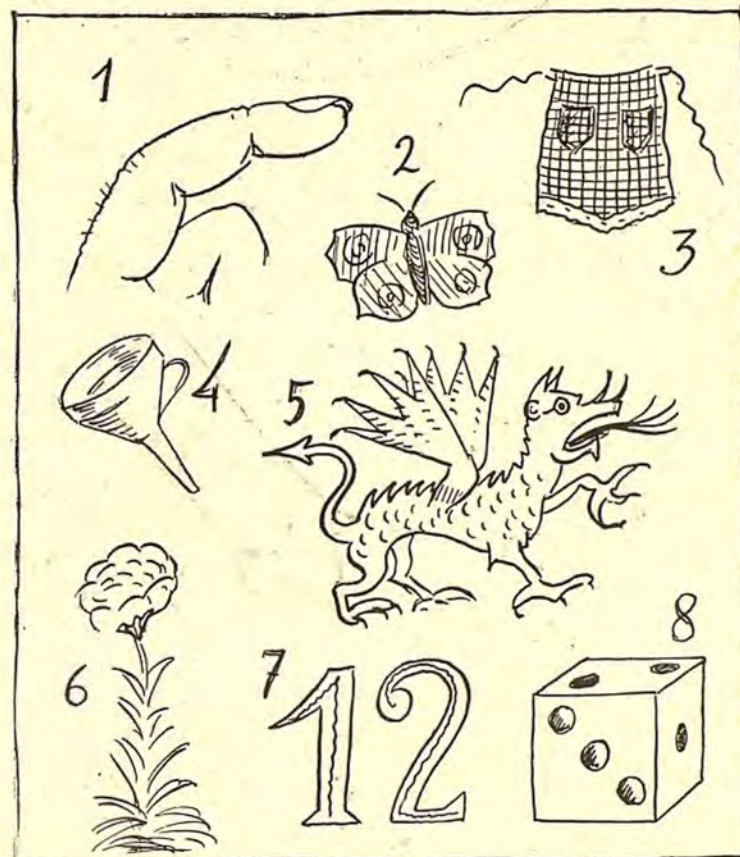


página del gato adivino

PASA TIEMPOS DE 24 LETRAS
Y 12 VILLACABALLENCES ROTOS



CUADRO NUM. 3: LA C.



CUADRO NUM. 4: LA D.

Averiguar los números de las CINCO cosas que empiezan en cada cuadro con la letra correspondiente, y remitirnos las soluciones después de publicado el cuadro núm. 24, y junto con los 12 villacaballenses rotos que se publican aparte, ya compuestos.—Premios: para las niñas que acierten, maleta con gran batería de cocina infantil, armario de labores con maniquí y dos paquetes de libros.—Para los niños: gran caja de soldados de plomo, camión automóvil y dos paquetes de libros.—Han de remitirse las 36 soluciones juntas.

Concurso de postín

LA FRASE DE DON QUIJOTE

Averiguar en cuál de los tres capítulos VI, VII y VIII del 2.º tomo de la grandiosa obra de Cervantes, dice Don Quijote las siguientes palabras:

"... que cualquier rayo del sol de su belleza que llegue a mis ojos alumbrará mi entendimiento..."

Búsquense las bases en el número 19, y el cupón en otra página de este número.

Premio único: una bicicleta, una muñeca de trapo, un bolsillo y 1.000 pesetas.

L A R A Z A

LA MEJOR REVISTA

LAS MEJORES FIRMAS :-: LA DE MEJORES

PREMIOS :-: LAS MEJORES FOTOGRAFÍAS

LA DE MAS ACTUALIDAD :-: LA MAS AMENA

LOS JUEVES

40 CTS.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

